DIÁLOGO DE POETAS

La poesía de una espera activa

La poesía de Marat Ocampo no busca, como casi todos los poetas modernos, llegar a una concreción verbal de una experiencia, sino darle su tiempo propio –que es una manera de darle su lenguaje– para que encuentre la duración que le corresponde. Más que la imagen que fulgura y corre el riesgo de apagarse, busca la que se forma en el ojo conforme avanza la descripción, que más que revelarse visualmente se despliega como descripción y, por lo tanto, como narración. No por ello abandona la búsqueda de síntesis, pues su verso es no tanto contenido, sino exacto. Dicho de otra manera, el tiempo de la poesía de Ocampo se toma su tiempo para suceder y formarse como experiencia. De allí el título del libro al que pertenecen estos poemas: *Una espera infinita*. Lo que se espera, como alguna vez señaló Borges, es el poema mismo, esa inminencia de algo por llegar.

Sin embargo, de manera sintomática, en los poemas esa espera no nos lleva a alcanzar la calma de quien espera, sino la violencia de quien desespera. El autor no le tiene miedo a que aflore en su lenguaje la violencia y la insatisfacción en un mundo que, contra lo que decía Jorge Guillén, no está bien hecho. Y por eso el verso se violenta a sí mismo y se acepta no tanto en su queja –ya no es tiempo de plañir–, sino de expresar la insatisfacción y la rabia. La violencia verbal es de otro signo, distinta a la violencia que el mundo ejerce sobre el hombre (y, precisamente, sobre su lenguaje); la poesía es la construcción del grito, su manera de escandirse en el oído de los lectores.

José María Espinasa